

9 – Recorriendo el Puy de la Vache y Puy Lassoulas. El Lac d’Aydat. La bella basílica de Orcival. Paseos desde el Col de Guéry: Puy l’Aiguillier y Puy l’Ouire, Lac de Guéry, la Roc Sanadoire, la Banne d’Ordanche y el Lac Servièrè.

PUY LA VACHE Y LASSOULAS



Pasado el sofocante aire nocturno el sol se elevó en el cielo y yo me entregué a otro día de actividad estimulante y frenética del descubrimiento de paisajes. Hoy empezaría visitando los volcanes gemelos del Puy de la Vache y el Puy de Lassoulas. Estacioné en el parquin de la Maison du Parc Naturel des Volcans d’Auvergne, y después de caminar unas decenas de metros a lo largo de la D5, abandoné la carretera por la izquierda y seguí por el sendero señalado al Puy de la Vache. El lugar estaba adornado por una escultura representativa de la naturaleza, e instalada en medio de la propia naturaleza. En el mismo lugar había un caos volcánico, llamado la cantera de Puzolana, un paisaje hecho de rocas y bombas volcánicas de lava enfriada esparcidas en el entorno. Empecé el ascenso por el camino más empinado, pero también resultaba más corto, realizando posteriormente el regreso por un sendero largo y suave; ejecutando una ruta circular.

En seguida el camino cogía altura por unos escalones erigidos por listones de madera. Los escalones que llevaban arriba eran estrechos, serpenteantes y estaban hundidos en medio por la erosión meteorológica y el paso de los caminantes. Tropezando subía abriéndome paso entre los matorrales de la retama y bosques de coníferas y cada cierta distancia había señales de prohibido salir de los senderos, con el objetivo de respetar un ecosistema y una naturaleza particular.



El Puy de la Vache se eleva a 1.167 metros y desde su cima el aire olía a pino, a tierra seca y unos colores predominantes que combinaban de forma exquisita. Su tono particular, debido a la oxidación, variaba desde el rojo hasta el negro lo que daba sorprendentes paisajes exóticos en los que se mezclaban las piedras de escorias de la erupción y los rayos del sol que iluminaban las colinas próximas en un paisaje verde, fresco e intenso. Y al fondo aparecía la inmensidad de un panorama inagotable, que iba hasta el horizonte y aún más allá. El camino continuaba por las suaves pendientes de la cima del Puy de la Vache y su continuación al Puy de Lassoulas, disfrutando de una visión general de la cadena de Puys y los volcanes circundantes, con la cima del Puy de Dôme al Norte y al sur el punto más alto de Auvernia, le Puy Sancy de 1885 m. El espacio del cuadro lo completaban bosques, pastos, mesetas, lagos y pueblos. La sencilla bajada transitaba por un paisaje cubierto de hayas y bosques de coníferas. Un bosque denso y brillante que me llevó al punto de partida. El Puy de la Vache y su gemelo el Puy de Lassoulas, forman parte de uno de los complejos volcánicos más recientes de la cadena de volcanes. Su particularidad es la forma de su cráter, en forma de herradura abierta, debido a la salida de un gran flujo de lava que imposibilitó que el cráter se cerrara. Tienen solo 8.000 años y su última erupción tuvo lugar hace 6000 años. Al flujo de lava le debemos la formación de dos lagos, el lago Cassière y el lago Aydat. Este último sería mi próxima etapa.







LAC D'AYDAT



El lago d'Aydat apareció situado en el corazón de un paisaje moldeado por erupciones volcánicas y flanqueado por prados a un lado y una frondosa arboleda por otro. A su orilla se ha establecido una base turística con playas, alquiler de canoas, kayaks, restaurantes o mesas de picnic; todo lo necesario para disfrutar del agua en los días soleados. El entorno del lago, de solo 5.5 km, es propicio para los paseos familiares con muchas panorámicas de un entorno ajardinado y una forma suave de descubrir la zona.

Dejando atrás la línea turística recorrí el fabuloso camino, bañado por el delicado azul del agua que discurre junto al lago, sintiendo el aliento húmedo del lago en el rostro como una hormigueante brisa que llegara del agua en otro día de intenso calor. Un remanso de paz, con pocos turistas, en un entorno forestal donde la vista se extendía por el ancho terreno de la orilla del lago y más allá, al otro lado, los densos bosques y el horizonte era insólitamente tranquilo para ser época estival. El lago de Aydat, encajado entre el macizo de Sancy y las montañas Dome, es el lago natural más grande de Auvernia, siendo el tipo perfecto de lago de presa volcánica donde sus aguas fueron retenidas por los flujos de lava que descendieron del Puy de la Vache. Este cuerpo de agua, de gran calidad y limpieza, tiene una profundidad máxima de 15 metros.









ORCIVAL



La aldea apareció situada en el Valle de Orcival, en contacto directo con la naturaleza, y rodeada por un paisaje boscoso. La basílica de Orcival se asentaba en este profundo valle y sobre sus muros y torres se alzaban colinas muy escarpadas y cubiertas de altos árboles. Maravillado, ante ese precario equilibrio de fuerza y delicadeza, contemplaba la arquitectura de la cabecera típica del arte románico de Auvernia con un ábside de varios niveles y muros laterales sustentados por poderosos contrafuertes y fuertes arcos. Su silueta muy reconocible se veía blanca, prístina y tranquila; todo el conjunto producía una gran sensación de ligereza.

Mientras me internaba por los pasillos de la nave, y dejaba fuera el calor del sol, mi mirada se desplazaba por un hermoso conjunto de capiteles, bóvedas, arcos y entraba un sol magnífico por los ventanales formando profundos contrastes de luces y sombras que vibraban sobre los matices de color oscuro. Y a continuación me detuve un momento, mirando las alturas, como si de allí arriba pudieran venir las exhalaciones de las antiguas piedras, un hálito, un espíritu, una voz. El aire parecía recoger miles de voces fantasmales, junto al olor de cera de vela, incienso, a madera o piedra y siglos de antigüedad.







El coro estaba rodeado por cuatro capillas y unos cuantos cirios iluminaban los santos. La espaciosa cripta la soportaban, en gran profusión, gruesas columnas y fuertes arcos con candiles que iluminaban las bóvedas.

Los edificios de la población, muy tranquila, aparecían atestados de hoteles y residencias que no ocultaban su origen medieval. Bajo la influencia del peregrinaje se construyeron grandes casas defendidas por torreones y actualmente cercadas por pequeños chalets, caseríos de agricultores o ganaderos del valle de Orcival. Antes de marchar me volví, y miré otra vez la iglesia en medio de la plaza y según subía al col de Guery contemplé otra vez el panorama de sus tejados sobre este paraje natural de gran belleza.

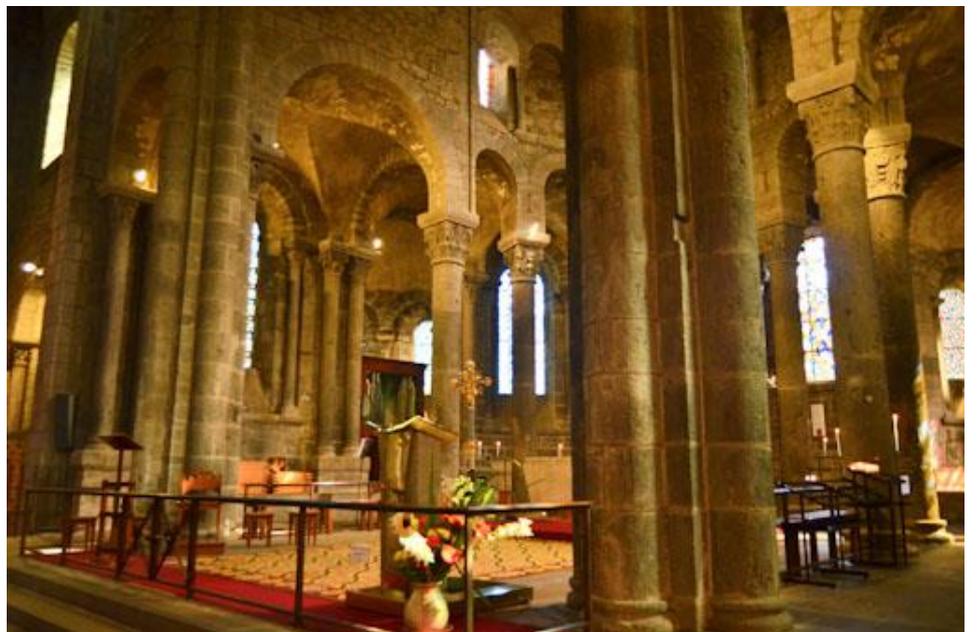
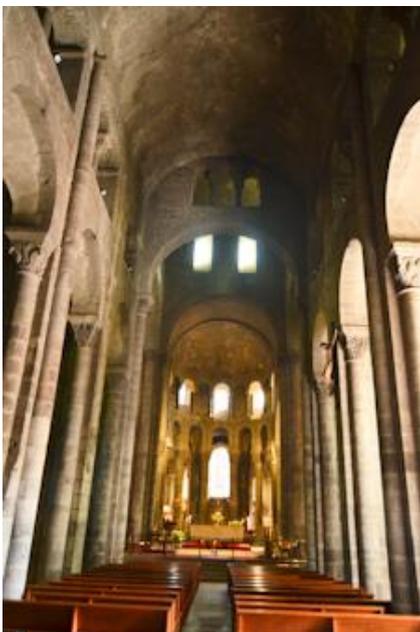
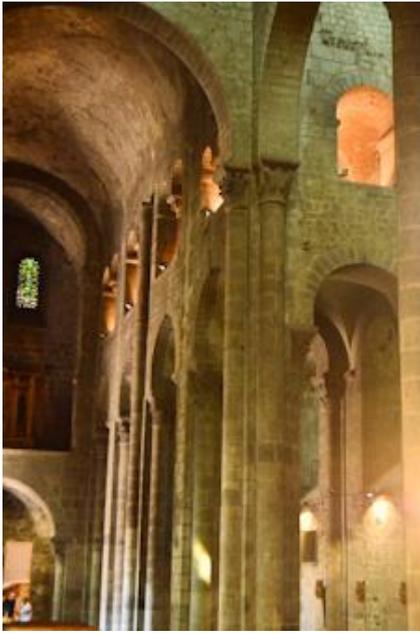
La basílica actual fue construida en el siglo 12. Las razones de este edificio están sin duda relacionadas con la posesión de las reliquias y la peregrinación a la llamada “virgen de la majestad” según la leyenda tallada por San Lucas, que fue objeto de un ferviente culto y una importante peregrinación. También era venerada por los condenados sobrevivientes a la prisión, que colgaban sus cadenas a la entrada. Construida en piedra de lava (esta vez de tono gris) su posición está basada en la necesidad de respetar la orientación litúrgica de la cabecera al Este. La basílica de Orcival es una de las cinco principales iglesias románicas de Auvernia.

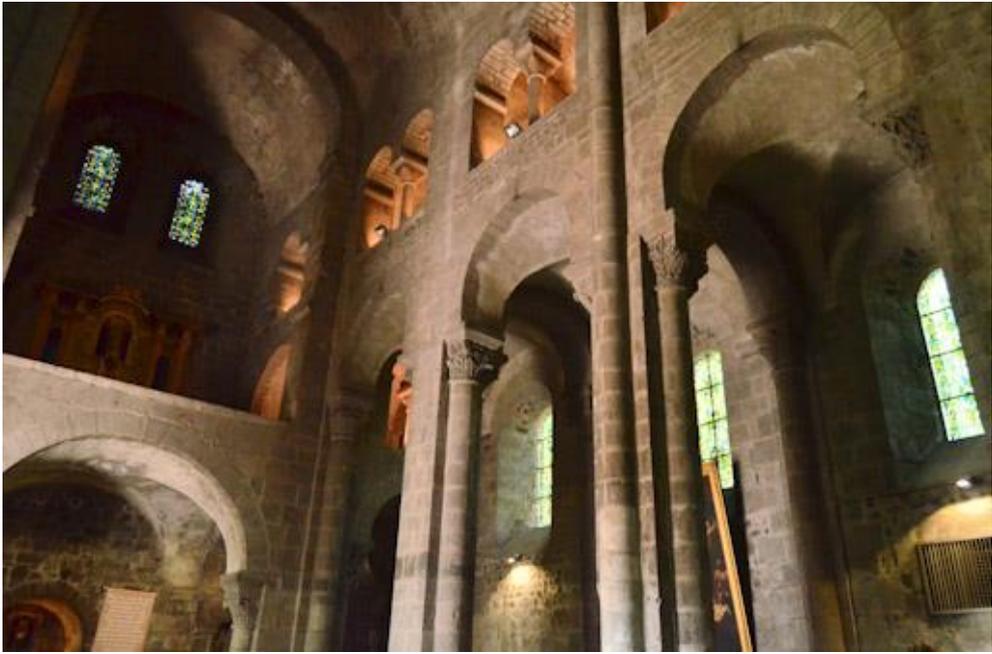


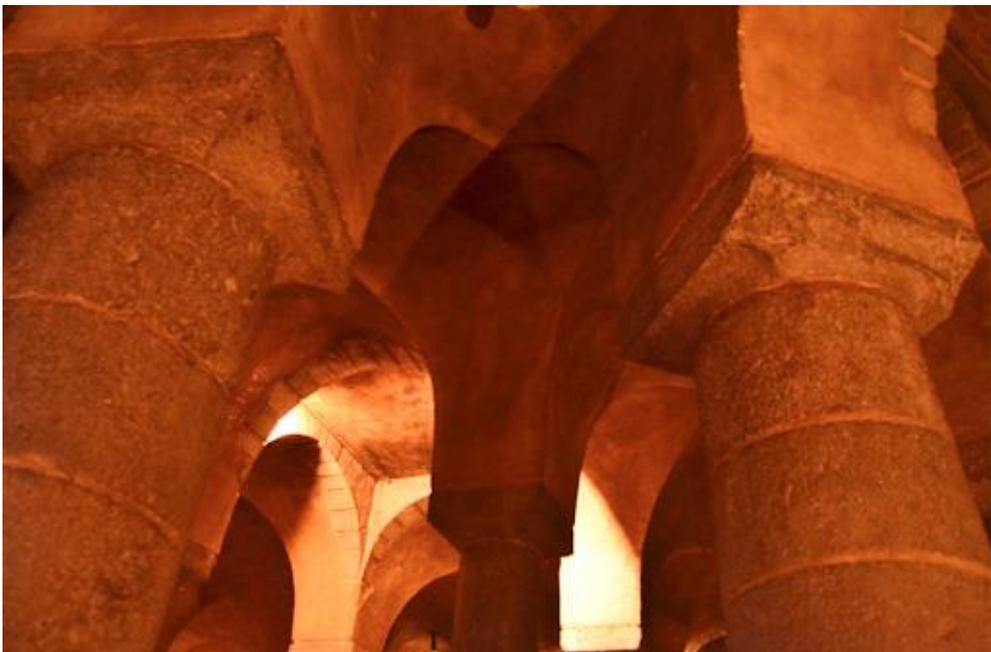












COL DE GUÉRY



La carretera serpenteaba de norte a sur, siguiendo el rumbo trazado por el profundo y boscoso valle del Chausse. El ascenso al col de Guéry era estrecho y seguía una sucesión de curvas, en una ruta paralela a los prados herbosos a un lado y empinados riscos al otro, que subían desde las profundidades a las montañas. Llegué muy entrada la tarde. Lo hice justo a tiempo porque el sol ya había caído mucho y casi se posaba por encima de las altas colinas cuando alcancé el parquin.

Desde su mirador me puse a contemplar el mundo que se extendía más allá del Col. Estaba maravillado con el incomparable panorama y la brisa, que descendía de las laderas, refrescaba el lugar con el alivio que el aire comportaba tras el intenso calor de los últimos días. El leve viento traía un sabroso olor a salvia y a pino, fue un momento delicioso. Había un gran parquin con numerosos vehículos o autocaravanas y a la noche pernoctaría aquí. Me aproximé al lago de Guéry donde un animado parloteo y risas dominaban el ambiente, las familias descansaban en los campos maravillosamente florecidos en esta época del año y los niños se bañaban en las orillas.





Permanecí sentado con un libro, y los pies metido en el agua, con la búsqueda del placer en la sencillez y relajándome en medio de la dulce brisa que acariciaba la superficie de aquel lago tan hermoso. La serenidad ganaba a medida que se ponía el sol, me vacié la mente de los acontecimientos del día y me concentré únicamente en el atardecer; el sol se ocultaba sobre las montañas del oeste y las sombras se habían alargado a mi alrededor. Regresé al mirador del Col con las últimas luces del día, esas luces que se desdibujan y confunden los perfiles de las montañas haciéndolas parecer a la vez próximas y distantes. Ya se había hecho de noche y estaba bajo un cielo infinito cuajado de estrellas y en lo alto la luna se asomaba con disimulo entre unas pocas nubes.

El Col de Guéry es un collado de montaña que tiene una altitud de 1.266 metros y está situado en el corazón de un sitio de gran belleza, entre el circo de Chausse y el del alto valle de Guéry. Tiene uno de los miradores más bonitos de Auvernia con dos hermosas rocas volcánicas, la Roche Tulliere y la Roche Sanadoire, entre las que se extiende un hermoso valle fértil y verde bajo un infinito horizonte. El lugar ofrece una ubicación ideal para explorar esta parte del macizo de Sancy, con parajes como el lago de Guéry o senderismo por las montañas de su alrededor. Al día siguiente madrugaría para comenzar unas bellas rutas de senderismo y pasaría otra noche más en este maravilloso lugar.



PUY L'AIGUILLIER Y PUY L'OUIRE



Por la mañana, poca a poca, la oscuridad empezó a difuminarse mientras el sol salía por detrás de las montañas y el aire aún estaba fresco. Había salido temprano en una mañana soleada para recorrer las montañas orientales del valle de Guèry, pero al poco unos velos diluidos cubrieron el cielo proyectando una luz brillante pero lechosa. El camino atravesaba un pequeño bosque e iba a parar a la cima de una colina, el Puy de L'Aiguillier, con una altitud de 1.525 metros. Un lugar para disfrutar del entorno verde de este rincón del paraíso.

Desde el punto alto la vista era muy extensa, el Col de Guèry, la Banne d'Ordanche, la Roche Tuillère et Sanadoire, el circo de Chausse y el Lac Servièrre. Difuminados en el horizonte se apreciaban el Puy de Sancy y al norte el Puy de Dôme y los muchos valles, que descendiendo de las montañas, aparecían perfectamente dibujados formando un imponente panorama a mi alrededor.







Más allá las colinas desnudas se elevaban en suaves ondulaciones, tapizadas de verde claro u oscuro, a la cima del Puy de l'Ouire de 1.509 metros. Marchaba por las delicadas elevaciones, teniendo como compañía aquel intenso paisaje, y con cada inhalación sentía en el ambiente el perfume de la fragancia de la tierra. El silencio era total, nada más que el rumor de las hierbas aplastadas acompañaban mis pasos y estaba alegre, sumido en la belleza de un día que parecía tanto más dulce a causa de mi alegría y mi buen ánimo.

Desde lo alto del Puy de l'Ouire, de suaves pendientes, se veía el valle de Guèry. Era impresionante, con el lago y el bosque frondoso abrazando sinuoso las aguas limpias, y los caminos que marchaban de él y se perdían en la vasta inmensidad de los campos que subían a las montañas que lo rodeaban. Y esa arrebatadora imagen se extendía a través de todo el paisaje. La bajada, por dulces prados, brindaban la libertad de movimientos que permitían caminar sin necesidad de la búsqueda de senderos y con el único objetivo de llegar a la carretera, que subiendo desde Le Mont Dore llega al parquin del Col de Guèry.





LAC DE GUÈRY



Hay varias sendas que contornean este bonito embalse emplazado en el corazón de un entorno natural excepcional. Me aproximé al lago por un pequeño sendero, casi escondido entre la vegetación, que me condujo hasta una playa herbosa. Siguiendo el camino de alrededor, al pie del hayedo, subí a la cascada de Guèry de 12 metros de alto y, al tiempo que respiraba la frescura de la cascada, admiraba la vista a través del verde dosel que formaba el bosque por encima del arroyo de "Mortes du Guèry" que alimenta el lago.

Regresé al camino que corre a lo largo del lago por su zona occidental, de relieve más escarpado y boscoso, adentrándome en la verde sombra del bosque siguiendo un sendero inundado de vegetación y rodeado de paisajes de paramos verdes o bosques altos, que me condujo por pontones de madera contruidos sobre el humedal del lago. El bosque estaba tranquilo, solo se oía el susurro de la corriente y el aliento de una suave brisa entre las hojas, mientras recorría una zona exuberante de un verde primaveral salpicado de florecillas silvestres. Respiré el dulce perfume de la tierra, rodeado de una alfombra de brotes y prados de hierba que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.







Me desplazaba por los pastos de la ladera de la “La Banne d’Ordanche” y hacia el sur podía distinguir los picos del macizo de Sancy. Era un panorama de lo más bucólico en una tarde preciosa; como un cuadro en el que la luz, los colores y el estilo delataban la mano del artista. Alcancé la pequeña represa del lago y enfile el sendero oriental, próximo a la carretera que sube de Mont Dore, sendero que recorría un terreno abierto y totalmente diferente al lado occidental. El lago estaba tranquilo y todo alrededor era un espectáculo de colores distribuido por la naturaleza, con ecuanime armonía, que desprendían delicados olores hacia el cielo tiñendo el aire con una sugerencia de jardín.

Detrás del lago el follaje verde, espeso y selvático impedía la visión y un viento suave rizaba el agua, haciendo temblar miles de hermosas flores de tonos rosas y amarillos. Sentía que era uno de esos días en que el rostro del paisaje se queda grabado para siempre. El lago ofrecía playas ajardinadas donde la gente hacía picnic, descansaba y tomaba el sol, o simplemente contemplaba sus tranquilas y limpias aguas. Una pequeña playa emergía del agua en suave pendiente hacia prados de hierba y me tumbé, la combinación del calor húmedo, el suave chapoteo del agua y el intenso perfume floral, me arrulló hasta provocarme un leve sueño.





El lago Guèry es un paraje natural de cruda belleza y hermosas panorámicas, enmarcado por el Macizo de la Banne d'Ordanche, el Macizo de l'Aiguillier y las Rocas Tuilière y Sanadoire. Con una superficie de 26 hectáreas y 17 metros de profundidad, es conocido como el lago más alto de Auvernia a 1250 m de altitud. Ocupa una vasta depresión llena de pastos de verano que lo rodean y ofrecen un magnífico panorama de la cadena Puys y el Macizo del Sancy. Se formó hace 2 millones de años siguiendo un flujo de lava basáltica, procedente de la Banne d'Ordanche, que bloqueó el curso del arroyo de "Mortes" y que formó la presa. Finalmente, a finales del siglo XIX, se llevó a cabo una elevación adicional de 8 m para conducir el agua desde el lago hasta la central eléctrica de Mont-Dore, produciendo la electricidad que suministra al funicular del Pic Capucin. Que fue el primer funicular de Francia.

De regreso al Col de Guèry, y a su bonito mirador, contemplaba las dos rocas volcánicas "la Roche Tullière" de 1.288 m y "la Roche Sanadoire" de 1.286 m, entre las que se extendía un hermoso valle fértil y verde de origen glaciar iluminadas por el sol de la tarde. Sería mi próximo paseo y con el que completaría el maravilloso primer día de caminatas por el lugar.

















ROCHE TUILIÈRE



Desde el Col de Guèry la carretera descendía a Orcival y en la intersección de la carretera al Lac Servièrre había un pequeño estacionamiento en el arcén. Un sendero, donde crecían coníferas y arbustos de apariencia enmarañada y espinosa, conducía a un promontorio rocoso desde donde se podía contemplar la Roche Sanadoire. Un pequeño collado me separaba de la cima situada sobre una roca que parecía infranqueable y ayudándome con las manos, con mi habilidad en la alta montaña y la falta de vértigo, trepé por senderos de aspecto milenario y llegué a la roca.

Curioso, me acerque más al vertiginoso precipicio, para observar más detenidamente aquel espectáculo visual. La Roche Sanadoire dominaba el circo boscoso de Chausse con un relieve más escarpado y denso en la parte superior y se suavizaba en el valle donde ensanchaba para ofrecer, con las últimas luces, un paisaje de verdes prados. Enfrente se admiraba la Roche Tuilière sobre una impresionante serie de afloramientos rocosos y gigantescos pilares de basalto.





Las rocas Tuilière y Sanadoire, que emergen del bosque de hayas de Guéry como dos centinelas que vigilan el valle glaciar de Fontsalade, son dos protuberancias volcánicas constituidas por la acumulación de lava. Todo lo que queda de aquellos volcanes es la chimenea (Tuilière), y un trozo de cono (Sanadoire), separados por un amplio valle. En la cima de la Roche Sanadoire hubo un castillo; la fortaleza y su territorio fueron ocupados por mercenarios ingleses durante la Guerra de los Cien Años. En ese momento los condes de Auvernia mantuvieron un asedio de varias semanas para desalojar a los aproximadamente 300 invasores. El castillo fue tomado en 1375 por Luis II, duque de Borbón, posteriormente destruido y solo la forma de la plataforma en la cima identifica el lugar.

Era tarde y estaba de vuelta en el Col de Guéry con el sol convertido en una inmensa bola anaranjada que teñía las nubes de rojo y se hundía en las montañas del horizonte. Luego, la noche fue extendiendo su manto negro sobre la bóveda celeste y aparecieron las primeras estrellas. Aquella noche me dediqué a repasar mentalmente los acontecimientos vividos ese día, con esos asombrosos paisajes naturales.



LA BANNE D'ORDANCHE



El camino comenzaba al lado del lac Guèry y recorría una zona boscosa de un verde veraniego salpicado de florecillas silvestres y narcisos que proporcionaban al ambiente un seductor olor fresco y perfumado de naturaleza. Una pista herbosa, ajardinada y accesible para el senderismo familiar, facilitaba una marcha por montaña sin dificultad y permitía disfrutar recorriendo un panorama donde el perfil de las altas montañas se dibujaban aquella mañana en el horizonte, con unas imágenes que siempre me proporcionan relajación y bienestar.

Los rayos del sol centelleaban el espacio e iluminaban los campos, dando no solo calor al cuerpo sino ofreciendo una sensación de calidez a la vista. La Banne d'Ordanche asomaba sobre los altos pastos de montaña, atravesados por los senderos de los rebaños de ovejas, con formas onduladas y diferentes tonos brillantes de verde que proporcionaban volumen y perspectiva a un escenario visual sorprendente.





Después de una agradable pista herbosa llegué a un sendero sobre tablas que me llevó a una serie de escaleras metálicas que conducían a la cumbre, donde una mesa de orientación permitía disfrutar de un magnífico paisaje de 360°. Y por un instante sentí que me subía el vértigo y se me agitaban los pensamientos. Había contemplado el espléndido paisaje vestido con los colores de verano, los verdes del campo, los coloridos de las flores, las poblaciones en el valle de le Mont Dore o la Bourboule y los matices difuminados sobre las colinas.

La mesa de orientación me informaba de la vista circular en la que se involucraban los 3 macizos volcánicos que estaba visitando en Auvernia: la cadena montañosa de Monts dôme, la cadena de Monts Dore más antigua que ha sufrido la erosión y ofrece valles profundos con picos de aspecto alpino y mesetas erosionadas, y en la distancia hacia el sur el macizo de Monts du Cantal, inicio del viaje. El mirador era un sitio bonito, tranquilo y ofrecía un hermoso retiro natural donde no se pensaba y solo se dejaba perder la mirada en la belleza de su panorama.







Me puse en marcha tiempo después, forzado por la necesidad de la búsqueda de nuevos paisajes, volví a bajar la colina por un camino diferente que continuaba por un sendero cubierto de hierba y que conducía a un aparcamiento con una construcción dedicada a los amantes del aeromodelismo. Era bonito ver las evoluciones que conseguían con sus modelos de aviones sin motor, ya que no rompían el silencio del lugar. Había un cruce de caminos, uno de los cuales llevaba a la población de Murat-le-Quaire a solo 6 km, y por la que subiré pocos días después al mismo lugar.

La Banne d'Ordanche, perteneciente a las montañas Dore, es un pico volcánico en forma de cuello que culmina a 1515 m. Apareció hace 2 millones de años y la cumbre se congeló antes de sufrir los efectos de los glaciares que la aplanaron. La esbelta silueta de la cumbre explica el origen del nombre "banne" que significa "cuerno" en patois. Su constitución de roca magmática basáltica le dio su apellido, la "ordanquita".







LAC SERVIÈRE



Desde el Col de Guèry la carretera me aproximó nuevamente a la Roche Sanadoire y ahí, cogiendo el desvío señalado, continué por una carretera con amplias vistas a mi izquierda y bosques a la derecha. A la altura de un albergue otra señal me dirigió a un pequeño parquin, sobre tierra natural y sin acondicionar, en medio de una zona natural. Ya a pie, siguiendo un agradable sendero corto por una zona de bosque, observaba los árboles dibujando filigranas contra el azul interminable, y entre la foresta apareció las aguas temblando bajo la luz del sol.

En la llanura se extendía el Lac Servièrè glorioso, magnífico y con una pradera que era de un verde precioso y limpio. En parte era boscosa y en parte herbosa, benigna y bella, en la que todo estaba tan sereno como en un cuadro. Seguí el sendero que bordeaba el lago entre árboles, arbustos y humedales presentes en las orillas del lago donde habitaban muchas especies protegidas de vegetaciones acuáticas. Como un tapiz de una escena bucólica, deslumbrante y de una belleza casi etérea, el lac Servièrè brillaba bajo el sol como un plato de porcelana azul.









El agua era poco profunda, clara y nítida, y mostraba tonalidades cambiantes, azul claro, verde esmeralda o turquesa. El silencio, el calor, las esencias que emanaban de las plantas, el susurro de las aves y aquel paisaje penetró directamente en mis ojos envolviéndome en una especie de paz y en aquel momento me pareció el lago natural más bonito que hubiera visto jamás.

El Lac Servière se formó en el cráter de un antiguo volcán, se le llama "maar", situado a 1200 m de altitud con una superficie de 15,5 hectáreas, una profundidad de 26 metros y nacido de una explosión volcánica. Su creación resulta del encuentro explosivo de un magma ascendente y un agua superficial, dando paso a un cráter situado a nivel del suelo que crece con cada explosión. Su origen volcánico, su turbera y sus especies vegetales protegidas lo convierten en un lugar único y destacable; con un agua de muy buena calidad que le permite albergar una notable flora acuática, siendo el hogar de unos lechos de pastos marinos acuáticos sensibles y protegidos. Como la mayoría de los lagos de cráter, su forma es casi circular, estando rodeado de campos y bosques empinadas hacia el sur, mientras que hacia el este sus aguas fluyen hacia el borde del cráter, del que a veces se escapa cuando está demasiado lleno en su extremo oriental.





